

Revista Liberia

Hispanic Journal of Cultural Criticism

ISSN 2325-2723 #2 2014



“¡Santa Anita, islita de felicidad en la tierra!”

Juan Camilo Rúa Serna
Universidad de Antioquia

Resumen: Este ensayo se propone examinar el lugar que tienen la finca Santa Anita y otros espacios significativos dentro de la narrativa vallejana, en la obra del escritor antioqueño, mediante un contraste entre lo rural y lo urbano y entre el pasado y el presente. Se parte, para ello, del mito genesiaco de Zarone, donde la ciudad es emergencia de Caín, sinónimo de exilio y desarraigo; y los espacios tranquilos como Santa Anita, jardines de tranquilidad y de retorno. Con ese fin, procuré deshacer algunos de los pasos del narrador que habita las líneas de sus libros, buscando lo que quedó de los rincones por los que el fantasma anduvo y oyendo en las ruinas de lo que era Santa Anita el arrastrar de las cadenas. Y los pasos se deshacen hoy leyendo. Es por eso que analizamos la presencia de esta finca en la obra de Vallejo a través de la experiencia del caminante y el lector. Varios libros en las manos, un impulso aquí en las piernas, caminamos Medellín leyendo su camino a lo que era o sigue siendo Santa Anita, sobre la que penden todavía, a pesar del hoy, los días azules, los cielos sin nubes.

Palabras clave: Ciudad y literatura, Fernando Vallejo, Santa Anita, Espacios literarios.

A Mariana, lectora de Vallejo, siempre en mi recuerdo.

Señora, buenos días; Señor, muy buenos días...
 Decidme: ¿es esta la granja la que fue de Ricard?
 ¿No estuvo recatada bajo frondas umbrías?
 ¿No tuvo un naranjero y un caunce y un palmar?
 El viejo huertecito de perfumadas grutas
 donde íbamos... donde iban los niños a jugar,
 ¿no tiene ahora nidos y pájaros y frutas?
 Señora, ¿y quién recoge los gajos del pomar?

PORFIRIO BARBA-JACOB

El cielo es una sucesión infinita de grúas amarillas. No puede, por lo tanto, saberse si es de noche o es de día; aunque, en honor a la verdad, durante determinados momentos del viaje la luminosidad ora sube, ora baja. Antes de las grúas Envigado, como Sabaneta y Medellín, lucía las noches un cielo negro, cerrado, definitivo; en el día, uno azul, abierto, total. Las estrellas eran amarillas y las nubes blancas, aunque a veces grises. Unas y otras, estrellas y nubes, han sido, por la gracia del progreso y la construcción, remplazadas por una también infinita serie de bolas negras, de acero o hierro. Profano en metalurgia, no aventuro respuesta definitiva. Son, en todo caso, también negras, como negras eran las susodichas noches de los susodichos días, ya idos. Cierro los ojos, y con la imaginación recorro el viejo camino que

de Envigado llevaba a Santa Anita, a medio camino entre aquél y Sabaneta. Los ojos ciegos, Medellín está lejísimos, estoy “a una distancia enorme de Medellín: ocho kilómetros” (Vallejo, *Azules* 28). Ambos abiertos, estoy en él, nunca lo dejé, pues andando el tiempo, se tragó a Envigado primero y a Sabaneta después. Cómo sucedió es algo que no sé, pero puesto que en el viaje me acompañan sendos libros, tomo uno, al azar, y le pregunto a la vida, o sea al aire: “Libro, tú que fuiste escrito por la sabiduría individual o colectiva de uno o varios hombres, respóndeme: ¿qué pasó aquí?”. En silencio me responde:

En la oscuridad de las noches, en las montañas circundantes, empezaron a palpar como estrellitas unos foquitos de luz; usted diría Venus o Júpiter; no, eran casitas campesinas. De foco en foco se fue haciendo una galaxia, y una noche vimos todas las montañas alumbradas: Medellín se desbordó del Valle, y como osado ciclista se fue a subir y a bajar montañas. Del manicomio, por la carretera norte, como loco escapado sin camisa de fuerza, dando brincos se siguió hacia Bello, hacia Girardota, hacia Copacabana, y aún no la pueden detener. Envigado, que era un pueblo independiente, con carácter propio, se le convirtió en un barrio: de marihuanos. Y Robledo y Sabaneta e Itagüí. Poseída por el demonio del expansionismo soviético a todos se los anexó: quería que todo el mundo fuera Medellín. (Vallejo, *Azules* 178-179).

¿Por la carretera norte? Sí: por la carretera norte. Ya en pleno siglo XIX Medellín inicia su proceso de expansión orientándose hacia su costado norte, pues

si comparamos los mapas de finales del siglo XVIII o el de 1800, con otros correspondientes a 1847 ó al de 1899, se puede apreciar cómo la Ciudad inicia un desarrollo todavía incipiente a mediados del Siglo, pero ya muy definido: crecer hacia el Norte y sobre la ribera o avenida derecha de la quebrada Santa Elena. (Botero 15)

Guardo los libros y, la mirada en tinieblas, sigo caminando. Conviene en este punto establecer con el lector un acuerdo literario, en aras de evitar extravíos. Siempre que cierre los ojos dejaré de ser yo para convertirme en el narrador de *Los días azules* o *El fuego secreto* o *La virgen de los sicarios* o *Los caminos a Roma* o *Años de Indulgencia* o *El desbarrancadero* [1]. Ello es así, no por alucinación de quien escribe, sino, más bien, por rigor teórico. Rigor teórico puesto que, en plata blanca, la literatura es el puro terreno de la experiencia, o mejor: “El contenido de la literatura es, pues, la pura experiencia, no la experiencia de determinado orden de conocimientos” (Reyes 44). Una experiencia de lo otro, de lo que nos es extraño y está por fuera de nosotros [2]. Un salirse de sí mismo y hacerse dueño de lo ajeno; un volver anejo lo ajeno, próximo lo distante, mío lo tuyo, nuestro lo vuestro. Así mismo, a aquello que aspira la literatura es a la comunicación de tal experiencia (Reyes 44); de ahí que, luego, a la lectura de los libros le siga su vivencia, aunque lo cierto es que más que en una secuencia de lectura y vivencia, la literatura comunica la experiencia en simultáneo, conforme los ojos se alimentan de las seguidillas de frases y oraciones. Leer, en síntesis, es otra forma de vivir, a través del otro; pero este otro, en todo caso, no será el mismo que comunica su experiencia, pues en el proceso intervienen nuestra propia personalidad y sus prejuicios. Cuando cierre los ojos, en fin, no seré yo, pero tampoco una fiel imitación del otro narrador de los ya mencionados libros; seré, podría decirse, un ente literario, que viviendo a través de otro sigue siendo el mismo. No puede ser de

otro manera: se aprende de lo otro contrastando con lo propio. El narrador cierra los ojos para recordar, yo lo hago para vivir, para leer.

Decía pues, que vuelvo a cerrar los ojos y sigo caminando. Voy de Envigado a Sabaneta, y el cielo es azul. El rosario de fincas amplias, bellas, de corredores anchos y altos techos, me guía; no tengo pérdida, pues todos los caminos, dejando de conducir a Roma, me llevan a Santa Anita. A la derecha, Otraparte, propiedad del único filósofo que dio Antioquia:

Pasando la quebrada Ayurá déjame enseñarte a Otraparte: la de puertas y ventanas rojas, ¿la ves? Acércate un poco para leer lo que dice en la portada, bajo el nombre de Otraparte: “Cave canis seu domus domini”. ¿Sabes qué quiere decir? Cuídate del perro o del amo de la casa. (Vallejo, *Azules* 152).

Mientras leo la inscripción, un viejo desnudo se asoma por la puerta. Se le ve triste: habrá tenido sexo. Unas viejas, que pasan por mi lado, se escandalizan, lo que transforma el ceño del filósofo: le embarnece en la cara una sonrisa. Pero es ahí que de entre las ruinas del presente el furioso pito de una moto me hace abrir los ojos. ¿Qué veo? Un café. Un café que es a la vez restaurante. Leo nuevamente la inscripción, que dice “Beware of the high prices of the house”. ¿Cuánto vale un milo, señorita? Diez mil pesos. Cerrando los ojos nuevamente, abandono corriendo la propiedad, pues perro y dueño me persiguen.

A esta finca siguen otras, de entre las que sobresale la Finca Oviedo, cuyo dueño es conservador, con azules puertas y ventanas. Son azules como rojas las de Otraparte, porque uno y otro color son los del Partido Conservador y el

Liberal. Se organizan pues las casas de acuerdo a la política, como se organizarán después de acuerdo al miedo, a la necesidad de protegerse del otro (Ceballos). Siguiendo el camino y pasando otras fincas, el frío helado del Cementerio de Envigado me detiene, “lo que se veía desde la carretera era una casona siniestra, de paredes blancas de cal blanca y aleros de teja. Y un platanar saludable que batía el viento, abonado con los huesos de los muertos” (Vallejo, *Azules* 29). ¿A qué sabrán sus plátanos? Esta vez, no el pito de una moto sino el frenón en seco de un bus me despierta. El grito de odio no lo oigo, no me afecta, pero sí los altos muros del cementerio que se levantan ante mí, puestos para proteger a los muertos de los vivos, y no a los vivos de los muertos, como debiera ser. Avanzo más, nuevamente la penumbra por visión, y ¿qué olor es ese? Un olor fuerte, a mil cerdos. La finca de los Locos, cuyas puertas y ventanas son rojas, en plena zona donde suelen serlo azules. Son, en todo caso, muchos. Corren los niños detrás de las niñas, en un bochinche sin nombre.

Dejando el olor a porqueriza, sigo caminando. Tras varias curvas veo alzarse, por sobre la tierra verde, hacia el cielo, rozando las nubes, Santa Anita,

una casona inmensa, inmensa, inmensa. En la portada una placa de mármol decía: “Santa Anita, 1935”. Unos camajanes desarrapados de una pedrada la rajaron, y la placa de mármol quedó rajada para la eternidad. Después de la portada venía el camino de entrada, una subida de cascajo blanco. A la derecha una palma. A la izquierda un naranjal. Y un árbol que se llamaba carbonero, florecido de unos gusanos amarillos, engañosos, redondos como borlas de oro. Al término del camino estaba la casa. Con sus amplios corredores de baldosas rojas, frescas, con sus

piezas espaciosas, con sus techos altos, con sus anchos patios. Y en uno de los patios una enredadera frondosa, una bugambilia, un curazao para más precisión, por donde se perdían, sinuosas, las culebras. . (Vallejo, *Azules* 30-31).

Santa Anita es un jardín ilímite, de un millar de cafetales y un centenar de naranjos; un olor a café cítrico me enciende el alma, mientras voy acercándome, los pasos cada vez más rápidos y la felicidad más clara. Siento los ladridos de los perros, de Capitán feliz que nos espera, a ti y a mí y a él, meneando la cola, enloquecido, saltones los ojitos buenos y roja y afuera la lengua. El caminar muy rápido deviene trote y este a su vez veloz carrera. Dos metros me separan de la entrada y veo, a lo lejos, una señora grande y bella, de pelo y alma blancas y esmeraldas en los ojos; y también, a la misma distancia, a un hombre y a sus piedras, sacadas una tras otra del fondo de la tierra, seguidas tras de sí por fuentes de agua.

¡Pum!, es el ruido de la nariz estrellándose contra una puerta de metal, negra y unánime, contra la fría puerta de la fría realidad. ¿Y la casona, la señora anciana y su señor marido? ¿Dónde piedras y cafetales y naranjas ombligonas? ¿Dónde las dulces plataneras? ¿Dónde los ladridos de Capitán? También idos. Por lo pronto, el dolor en la nariz no permite la experiencia de lo otro. A Santa Anita la remplace en el presente una de esas unidades cerradas sobre sí mismas que albergan cientos de familias, miles de personas. De las flores que tiene por nombre no veo ninguna. Miro hacia adentro, buscando supervivencias, o sea vejeces, José Asunción, pero no las hay: mujeres de caderas estrechas y almas ídem, decenas de carros apilados y amplios bustos: eso lo único, eso lo hoy. Hombre, sí:

De Santa Anita no quedó un carajo, ni el montecito donde se alzaba. Lo cortaron de tajo con barrenas y excavadoras, y en ese sitio de ensueño en que se asentaba el paraíso construyeron un barrio de mierda para unos pobres de mierda. ¿Por qué será, compadre, que detesto tanto a los pobres? ¿Por paridores? Arriba del barrio se levanta, silenciosa, una montaña que algún día va a dar de qué hablar y a va a salir en los periódicos. (Vallejo, *Don* 19)

¿Y qué significa Santa Anita en la narrativa de Vallejo, pero sobre todo, en los *Los días azules*, *El fuego secreto*, *La virgen de los sicarios* y *El desbarrancadero*? No se sabe; o mejor, sí, pero depende según sea un libro o el otro o el otro o el otro, pero pudiéndose, eso sí, merced a la palabra y el pensamiento, acortar los significados a sólo dos. Dicho sea de paso y antes de cualquier elucubración teórica, los significados tales no son los del autor sino los míos, toda vez que los ojos han sido abiertos por las puertas de la seguridad y el miedo –como ya lo indiqué–; y es que, verdad como un puño, no hay verdades en la literatura, ni hechos, sino (sí, Nietzsche lo dijo, refiriéndose no específicamente a la literatura pero sí a todo) puras interpretaciones. Mi conservadurismo epistemológico riñe con semejante afirmación, pero en ciencia y moral, donde la verdad existe, con minúscula –sujeta a error–, puesto que en arte y literatura tiene plena validez. Sea pues que si mi interpretación no coincide con la del autor, será circunstancia intrascendente; si coincide, será circunstancia meramente accidental.

Habíase establecido que Santa Anita puede adquirir, por lo menos, dos significaciones. Ambas pasan por la caracterización previa de dos narradores: uno, el narrador niño/joven de *Los días azules* y *El fuego secreto*, uno que, en puridad, son dos pero que por convención literaria es uno; dos, el narrador

adulto/viejo de *La virgen de los sicarios* y *El desbarrancadero*. Más que de dos narradores, puede hablarse de dos momentos; uno antediluviano, otro, después del aguacero, del ensanche definitivo. Para mayor facilidad en la lectura, de ahora en más, uno y otro momento, uno y otro narrador, serán designados por la expresión A. D. (antes del diluvio) y E. E. (era del ensanche). El ensanche no es otra cosa que la expansión desaforada de Medellín, de su modernización, lo que ya se insinuó.

Antes del Diluvio, lo mismo que en la Era del Ensanche, Santa Anita es, ante todo, un paraíso. Un grandioso jardín pleno de frutas y verduras y naturaleza y animales. Un paraíso rural, donde la felicidad es absoluta e inconsciente. Pero en uno (A.D.) el paraíso se vive como presente, como paraíso vivido, aunque sea un ayer que se escribe desde el ahora; en otro, (E.E.), el paraíso se vive como recuerdo, como paraíso perdido al que no hay retorno. No puede negarse que todas las novelas nacen del recuerdo del autor, razón por la cual todas se insertan, puede decirse, en el pasado. No obstante, el pasado puede ser elaborado, cuando se lleva al terreo de la literatura, con temporalidades internas y propias. Con matices. De ahí que en *Los días azules* y *El fuego secreto* Santa Anita sea evocada con serena alegría, con gozo; mientras que, por otra parte, en *La virgen de los sicarios* y *El desbarrancadero* lo sea con dolorida nostalgia, con honda tristeza. Opinión similar sostiene Villena (148), cuando establece que

Los espacios mencionados [Medellín, Santa Anita, Sabaneta y Envigado, el Hudson o el Studebaker, la Calle de Junín y el Café Roma] aparecen como actantes espaciales durante los relatos de *Los días azules* y *El fuego secreto*, y son motivo de retorno melancólico en el resto de los libros.

Es decir, pues, que en los libros A.D. se construye un paraíso al cual retornar; en los de la Era del Ensanche, el retorno es imposible, siendo así que se tornan en motivo de dolor, tristeza y melancolía. Santa Anita es vivida, A.D, como un remanso de paz, un lugar de huida, de sosiego y tranquilidad; de huida de una ciudad que empieza a desbordarse, cuyo destino se adivina, pero que, sin embargo, es motivo de felicidad y de aventura. Santa Anita es, entonces, lo que media en el tránsito del paso de la niñez a la adolescencia, un oasis, el lugar donde se llega después de haber arriesgado la vida por muchachos, la salud por un vuelo de marihuana; Medellín es, pues, una ciudad en tránsito de su final modernización, aunque para el nacimiento del narrador, que se sospecha en los años cuarenta –si de verdad creemos que son libros con un contenido autobiográfico-, la ciudad culminaba una época (1890-1950) donde se ejecutó “el mayor esfuerzo (...) para transformar a Medellín en una ciudad moderna y cambiar su aspecto pueblerino” (Botero 14). La Medellín E.E., a su vez, es una Loca Furiosa que se lo tragó todo, y a su vez, dos ciudades:

Podríamos decir, para simplificar las cosas, que bajo un solo nombre Medellín son dos ciudades: la de abajo, intemporal, en el valle; y la de arriba en las montañas, rodeándola. Es el abrazo de Judas. Esas barriadas circundantes levantadas sobre las laderas de las montañas son las comunas, la chispa y leña que mantiene encendido el fogón del matadero. La ciudad de abajo nunca sube a la ciudad de arriba pero lo contrario sí: los de arriba bajan, a vagar, a robar, a atracar, a matar. Quiero decir, bajan los que quedan vivos, porque a la mayoría allá arriba,

allá mismo, tan cerquita de las nubes y del cielo, antes de que alcancen a bajar en su propio matadero los matan. (Vallejo, *Virgen* 96)

Medellín y Santa Anita, son, por su parte, en uno y otro tiempo, buena prueba del mito genesíaco de que habla Zarone, a propósito de la emergencia de la ciudad. La ciudad es herencia de Caín, su primer fundador, razón por la cual, “desde su inicio ella es signo de un estado de exilio y de vacío” (Zarone 11). No hay lugar, entonces, para cualquier clase de estabilidad, arraigo y tranquilidad. En la ciudad todo es vacío, es huida, es múltiples desplazamientos y múltiples escapes, la condena de la movilidad. Las novelas, lo mismo Antes del Diluvio que en la Era del Ensanche, evidencian tal desarraigo, en las primeras incipiente, ya viviéndose; en las segundas fatal, unánime. Una vez son ‘expulsados’ de Santa Anita, el narrador y su familia comienzan los sucesivos trasteos. De Boston a Laureles, del Colegio de los Salesianos (el verdadero infierno), a los demasiados colegios, del Gusano de Luz al Café Miami, del Metropol al Salón Versailles, de El Alto de Minas a las veredas de Robledo, de un café al otro, de una cantina a la otra, de tal calle a cual otra, de la Iglesia de San Nicolás de Tolentino a la Catedral de Villanueva; en fin, los viajes son constantes, siempre presentes, uno después del otro, sucedáneos. No hay, aunque se intente, posibilidad de asentamiento. Se trata, volviendo a Zarone (11), “de un nomadismo debido a la necesidad de huir de Dios que no se supera desde luego construyendo lugares, meras expresiones de un imposible deseo de estabilidad y normalidad”. De nada sirve, pues, que a la casa de la Calle del Perú le construyas piscina; ni a la de Laureles más habitaciones: nada te atará, la movilidad es tu castigo.

Santa Anita, en todo esto, es un jardín, El Edén. “¡Santa Anita mía, islita de felicidad en la tierra!” (Vallejo, *Roma* 41). Su detallada descripción y los términos en que está no son gratuitos: la referencia a carboneros, plataneras, naranjos, cafetales, curazaos, serpientes, perros, loros y cucaracheros obedecen a la necesidad de presentar la finca como un pedacito de cielo, de paraíso, de estabilidad. Santa Anita es el lugar de redención a donde se regresa de estar en la ciudad del ‘pecado’, del aguardiente, los muchachos y el Studebaker y el Café Miami. Y es, horror de todos los horrores, paraíso al que no se puede volver. Así nos lo dice, con dolor, el narrador de *El don de la vida*, libro posterior a *La Virgen de los Sicarios* y *El desbarrancadero*:

El gobierno con sus atropellos tumbó a Santa Anita y todas las fincas de la carretera, y de paso me tumbó el sueño del paraíso. De niño me hacía ilusiones de comprar cualquiera de esas fincas cuando creciera, para envejecer en ella y morir feliz. Me quedé sin donde morir, sin asidero para mis sueños. (Vallejo, *Don* 29)

Santa Anita, como se ve en el fragmento, lo mismo que las fincas antioqueñas, son lugares para asentarse, para la estabilidad y la feliz espera de la bella muerte, de nuestra Señora Muerte. Se quedó sin asidero para sus sueños, y de paso, sin asidero para su vida, pues ¿qué es la vida sino el conjunto indeterminado de sueños y de planes y proyectos? Es otra cosa, también, después de todo: el conjunto indeterminado de recuerdos. Vuelvo a cerrar los ojos, y un arrullo de felicidad me embarga el alma; de la insania de la ciudad, y la bulla de los buses, huyo. Con los oídos de la imaginación, los frenos y los pitazos se vuelven la dulzaina del abuelo y los *hijueputazos* la difusa letra de una canción:

María Cristina me quiere gobernar
y yo le sigo, le sigo la corriente
porque no quiero que diga la gente
que María Cristina me quiere gobernar.

Vuelvo a vivir, por un instante, la felicidad ajena, la pura experiencia de lo otro. Gracias, Apolo. De la literatura me saca la celosa voz de un celoso celador. Que qué hago parado ahí, tanto tiempo ya. Que si es que estoy planeando un robo o un secuestro o una masacre, que le colabore con la salida o llama a la policía o al Ministerio de Defensa, que tiene línea directa con el General Naranjo, que si quiero perdigones en la cara o qué. No, señor, cómo se lo ocurre, lo que quiero es entrar, para culminar el trabajo de campo de esta mi humilde investigación. Lo insto, con unos versos de Barba-Jacob, a que colabore con el progreso de la ciencia:

Dejadme entrar, señores... ¡por Dios! Si os importuno / este precioso niño me puede acompañar./ ¿Dejáis que yo le bese sobre el cabello bruno/ que enmarca entre caireles su frente angelical?/ Recuerdo... hace treinta años estuvo aquí mi cama;/ hacia la izquierda estaban la cuna y el altar.../ Decidme, ¿y por los techos aún fluye y se derrama,/ de noche, la armonía del agua en el pajar?

El celador, a su vez, me insta a que “deje la *maricadita*” y mejor me vaya “para la *puta mierda*”, de donde, según él, nunca he debido salir. Palabras textuales del hombre, no las mías, que venero y respeto como dogmas irrefutables dos principios: (i) que el lenguaje de la academia ha de ser preciso e impoluto y (ii) que no se llega a conocimiento alguno a través de los madrazos. Verdades eternas. Debo, a pesar de las religiosas creencia de la universitaria ciencia, plasmar tal cual lo que la realidad me impone, pues de otro lado la verificación empírica será imposible. Y habida cuenta de que a la

puta mierda me mandaron, a la Puta Mierda me voy: y es que ese nombre tuvo, también, a su vez, Otraparte, la finca de que ya se habló. Lo que no sé es si antes de o después de llamarse, también, “La Huerta del Alemán”; o si alguna vez se llamó así. Adiós, ruinas de Santa Anita, ya nos veremos después, no hay lugar para el olvido, pues el borrador de recuerdos (Vallejo, *Rambla* 95) que se inventó algún viejo, nunca funcionó.

Y siendo como es que he decidido deshacer pasos ajenos, agarrando un bus me voy al centro, a tomarme un aguardiente en el Café Miami, o comerme un pastelito “de gloria” en el Salón Versailles. Lo primero con la garganta de la literatura; lo segundo, con la boca mía. En tanto el bus me lleva, pienso en el viaje urbano que se hiciera alguna vez Chavarro (2001) por Cali, para escribir luego, desde la comodidad de su casa, un articulito sobre modernidad y ciudad intitulado “Ciudad y modernidad”. Lo que se deduce, en todo caso, es que Colombia, tan diversa y variopinta, es en todas partes la misma. Para la muestra un fragmento: “La ciudad crece y tiende a devorar territorios de otras ciudades administrativas” (Chavarro 83). Lo que ya se dijo *ut supra* sobre Medellín lo dice aquí Chavarro sobre Cali. Voy llegando pues, al centro, para deshacer los pasos del *flâneur*, leyendo en sus libros si lo era mientras al presente lo enfrento con el ayer.

A Junín llego, y cerrando los ojos veo operar el milagro, el prodigio. Un río de muchachos, de felicidad en el rostro, los boleros atronando, los tangos zumbándome los oídos como balas. “(...) no hay más calle que Junín, la más ancha, la más bella. Junín la única, la que me basta cerrar los ojos para poblar

de presencias” (Vallejo, *Fuego* 21). Pero por sobre la felicidad ajena, se percibe, además de la incontenible alegría, el desarraigo que viene, la violencia que acecha. “Junín es un campo de batalla donde niños viejos ociosos juegan a la guerra” (Vallejo, *Fuego* 22). La movilidad también se hace ver en las constantes analogías con el río, los muchachos siendo peces. El tiempo, en todo caso, apremia, y los pasos presurosos me llevan al Miami. ¿Dónde queda? Del bolso saco la guía turística, con mapas suficientes y su respectiva indicación: “Centro del centro, corazón de la tierra, el Miami se levanta en la mera esquina donde desemboca Junín al parque de Bolívar”. (Vallejo, *Fuego* 14). Allí llego, y en efecto, de su interior escucho la voz doliente del insondable bolero, llamándome, arrastrándome al espiral.

¿Puede verse en la voz narradora de estas novelas, un *flâneur*? Así lo piensa Villena (148) cuando nos dice que “Existe un elemento común a lo largo de la narrativa vallejana, que es el carácter de *flâneur* de su narrador protagonista; quien camina por la ciudad aportando movilidad al espacio urbano mediante su práctica cotidiana”. Y, ciertamente, tal posición no es descabellada. Si el *flâneur* en ninguna parte se siente cómodo (Montes, 2010: 6); si para éste la ciudad, más que su patria, representa un escenario, un laberinto; si es un productor que trasciende el papel de mero observador (Frisby 41-67), entonces hay buenas razones para creer que el narrador de que venimos hablando lo es, pues este no se contenta con mirar, no hace parte de la “raza de fisgones”, no es el *voyeur* de quien habla Delgado (47). Hay, no obstante, un personaje que cumple con las característica de este fisgón, de este

voyeur, Eladio, el hermano de Jairo Pepa, que “se ha parado a en la acera del Salón Versailles, frente al Metropol, en Junín, a ver pasar la gente. (...) Nada le inquieta, nada le conmueve, nada le perturba. (...) Él, complacido, plácido, simplemente nos ve pasar”. (Vallejo, *Fuego* 197).

Estaba, pues, dispuesto a entrar al Café Miami, a tomarme un aguardiente mientras en el fondo el insondable bolero tronaba, cuando del presente un ruido infernal se hizo más fuerte: la música que se escucha en pleno siglo XXI: reguetón y bachata. El sonido disuelve mi visión y el Café Miami ya no está: lo que veo es un centro comercial. De la misma manera que al principio, agarro un libro y preguntándole nuevamente a la vida espero una respuesta, que viene dada en la siguiente forma: “Y hoy por mi pobre calle sólo transitan zombies y saltapatrases, que es en lo que se ha convertido esta raza asesina, cada vez más y más mala, más y más fea, más y más bruta, más hijueputa, que camina con las dos patas metidas en el lugar común de unos tenis apestosos”. (Vallejo, *Desbarrancadero* 103).

Miro alrededor y descubro, sobreviviendo al tiempo y por sobre las ruinas del Junín presente, Versailles, renovado, aún joven. Un pastelito “de gloria” me espera.

Notas

[1] No significa ello que el narrador sea el mismo en una u otra novelas, pues no hay tal. Difieren uno de los otros como –muy a propósito de las tesis de Vallejo- difiere el Jesucristo del Evangelio de Marcos del de Juan y el de Juan del de Mateo y el de Mateo del de Marcos y el de Marcos del de Judas y el de Judas del mío y el mío del tuyo. Unas veces seré, entonces, más el narrador de *Los días azules*; otras, más el de *El fuego secreto*; y en fin, uno u otro según tal o cual más.

[2] Y, a propósito de Reyes y Vallejo, hágase la siguiente anotación. Uno y otro comparten, de alguna manera, una misma idea de lo que el lenguaje de la literatura es. Posiblemente haya leído el éste a aquél, pues en alguna parte de su ensayo “Apolo o de la Literatura” dice Alfonso Reyes que “no es verdad que Monsieur Jourdain hablara en prosa: hablaba en coloquio, que es distinto” (Reyes 54). A su vez, Vallejo, en su tratado sobre gramática literaria, *Logoi*, nos dice que “Son los personajes de El *gentilhombre* de Molière los que hablan, por cierto que con una gracia innegable. Sólo que no en prosa, sino en coloquio” (Vallejo, *Logoi* 12).

BIBLIOGRAFÍA

PRIMARIA

- Vallejo, Fernando. *El don de la vida*. Bogotá: Alfaguara, 2010.
- _____. *Años de indulgencia*. Bogotá: Alfaguara, 2009.
- _____. *Los días azules*. Bogotá: Alfaguara, 2008.
- _____. *El fuego secreto*. Bogotá: Alfaguara, 2008.
- _____. *Los caminos a Roma*. Bogotá: Alfaguara, 2008.
- _____. *El desbarrancadero*. Bogotá: Alfaguara, 2008.
- _____. *La rambla paralela*. Bogotá: Alfaguara, 2002.
- _____. *La Virgen de los Sicarios*. Bogotá: Alfaguara, 1994.
- _____. *Logoi: una gramática del lenguaje literario*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 1983.

SECUNDARIA

- Botero, Fernando. “El espejismo de la modernidad en Medellín: 1890-1950”. *Lecturas de economía* 1 (1993): 13-57. [En línea]. <Disponible en: <http://bit.ly/19pXMRh>> [Consulta 5 de octubre de 2013].
- Chavarro, Luis. “Ciudad y modernidad”. *El hombre y la máquina*, 16 (2001): 80-90.
- Ceballos, Héctor. *Ciudad colombiana. La estética del miedo*. Medellín: Editorial UPB, 2000.
- Delgado, Manuel. *El animal público. Hacia una antropología de los espacios urbanos*. España: Editorial Anagrama, 1999.
- Frisby, David. *Paisajes urbanos de la modernidad*. Buenos Aires: Ed. Prometeo, 2007.

- Montes, Alicia. "Recordando a Benjamin. Del flâneur moderno al cronista urbano neobarroco". Pon. presentada en el II Seminario Internacional Políticas de la Memoria, Buenos Aires: Centro Cultural de la Memoria Haroldo Conti, 2010. [En línea]. <Disponible en: <http://bit.ly/18F9nZO>> [Consulta 5 de octubre de 2013].
- Reyes, Alfonso. *Teoría literaria*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económico, 2005.
- Villena, Francisco. "Discursividades de la autoficción y topografías narrativas del sujeto posnacional en la obra de Fernando Vallejo". Tesis Doctorado en Filosofía, Ohio: The Ohio State University, 2005. [En línea]. <Disponible en: <http://bit.ly/1awTB3o>> [Consulta 5 de octubre de 2013].
- Zarone, Giuseppe. *Metafísica de la ciudad. Encanto utópico y desencanto metropolitano*. España: Pretextos, 1993.

ANEXO FOTOGRÁFICO



Santa Anita y su portada

“Unas cuadras después pasamos frente a Santa Anita, la finca de mi infancia, de mis abuelos, de la que no quedaba nada. Nada pero nada nada: ni la casa ni la barranca donde se alzaba. Habían cortado a pico la barranca y construido en el hueco una dizque urbanización milagro: casitas y casitas y casitas para los hijueputas pobres, para que parieran más”

La virgen de los sicarios

Los árboles de Santa Anita



Justo detrás de la urbanización que usurpa hoy el lugar que tuvo Santa Anita ayer, hay un pequeño parque donde se alzan todavía sendos árboles frondosos. Todavía es azul el cielo.



El Bombay presente



“Pero cuando la cara se me encendía de la ira pasamos por Bombay, la “bomba de gasolina” de mi infancia, que era a la vez cantina, y los recuerdos empezaron a vendarme suavemente, como una brisa con rocío, refrescante, bienhechora, y me apagaron el incendio de la indignación. ¡La bomba de Bombay, qué maravilla! Era un simple surtidor de gasolina afuera y adentro una cantina, ¡pero qué cantina! Allí en las noches alborotadas de cocuyos y chapolas, a la luz de una Cóleman, encendidos por el aguardiente y la pasión política se mataban los conservadores con los liberales a machete por las ideas. Cuáles ideas nunca supe, ¡pero qué maravilla! Y la nostalgia de lo pasado, de lo vivido, de lo soñado me iba suavizando el ceño. Y por sobre las ruinas del Bombay presente, el casco de lo que fue, en una nube desflecada, rompiendo un cielo brumoso, me iba retrocediendo a mi infancia hasta que volvía a ser niño y a salir el sol, y me veía abajo por esa carretera una tarde, corriendo con mis hermanos. Y felices, inconscientes, despilfarrando el chorro de nuestras vidas pasábamos frente a Bombay persiguiendo un globo. Con su aguja gruesa una vitrola en la cantina tocaba un disco rayado: *“Un amor que se me fue, otro amor que me olvidó, por el mundo yo voy penando. Amorcito quién te arrullará, pobrecito que perdió su nido, sin hallar abrigo muy solito va. Caminar y caminar, ya comienza a oscurecer y la tarde se va ocultando...”* Y los ojos se me encharcaban de lágrimas mientras dejando atrás a Bombay, para siempre, volvía a sonar a tumbos, en mi corazón rayado, ese “Senderito de Amor” que oí de niño en esa cantina por primera vez esa tarde”.

La virgen de los sicarios

Medellín/Sabaneta/Envigado, el ensanche



Actualmente, en Sabaneta y Envigado, el ensanche sigue. No es extraño en el sector que las sucesivas construcciones sean una constante en el paisaje: los edificios pronto a terminar, los apartamentos modelos, el ruido del progreso, los ladrillos desde el cielo, los incautos en el suelo, sin suelo.

“Ya no existe la calle de Ricaurte, ya no existe la casa, ya no existe la reja, ya no existe la ventana. Como a todo Medellín en Medellín, se lo llevó el ensanche. Que se lleve el ensanche mi recuerdo”.

Los días azules

Los muertos hoy



“Pasábamos frente al cementerio en silencio, sobrecogidos de terror: lo que se veía desde la carretera era una casona siniestra, de paredes de cal blanca y aleros de teja. Y un platanar saludable que batía el viento, abonado con los huesos de los muertos”.

Los días azules

Versalles y sus años de tradición



“Hace dos mil años que pasó por esta tierra el Anticristo y era él mismo: Dios es el Diablo. Los dos son uno, la propuesta y su antítesis. Claro que Dios existe, por todas partes encuentro signos de su maldad. Afuera del Salón Versalles, que es una cafetería, estaba la otra tarde un niño oliendo sacol, que es una pega de zapateros que alucina. Y que de alucinación en alucinación acaba por empegotarte los pulmones hasta que descansas del ajetreo de esta vida y sus sinsabores y no vuelves a respirar más smog. Por eso el sacol es bueno. Cuando vi al niño oliendo el frasquito lo saludé con una sonrisa. Sus ojos, terribles, se fijaron en mis ojos, y vi que me estaba viendo el alma. Claro que Dios existe”.

“Fuimos a comprar el refrigerador para la mamá de Wilmar, y me dio por pasar de regreso por el Versalles dizque a comprar pasteles. Esos pastelitos "de gloria" que hacía mi abuela, y que no se comen ni en la misma Viena. Se hacen así: se pone la pasta hojaldrada a inflar la noche anterior al sereno bajo cielo estrellado, y al día siguiente simplemente se mete al horno con relleno de dulce de guayaba. No mucho porque, como decía mi abuela, ‘el dulce empalaga’”.

La virgen de los sicarios

Las ruinas del Café Miami, del Metropol



“Viniendo de la catedral, en el parque de Bolívar donde Junín desemboca a éste, en ese Centro Comercial de ladrillo que construyeron sobre el sitio mismo en que se levantaban, siglos ha, arqueológicamente, las dos cantinas de mi juventud, el Metropol y el Miami, ahí presenciamos la escena: un gamincito sucio y grosero insultaba llorando a un policía: ‘¡Gonorrea! –le decía-. ¡Por qué me pegaste, gonorrea!’”

La virgen de los sicarios

“Como todos los cafés de Medellín, o de Antioquia, el Miami no es un café: es cantina. Cafés se llama a las cantinas en un país de borrachos por eufemismo, por salvarle un poco la cara maltratada a la decencia. (...) Centro del centro, corazón de la tierra, el Miami se levanta en la mera esquina donde desemboca Junín al parque de Bolívar. Y por aquello de que Dios los hace y ellos se juntan, tarde que temprano allí vamos a dar todos, convergiendo desde el extravío”.

El fuego secreto